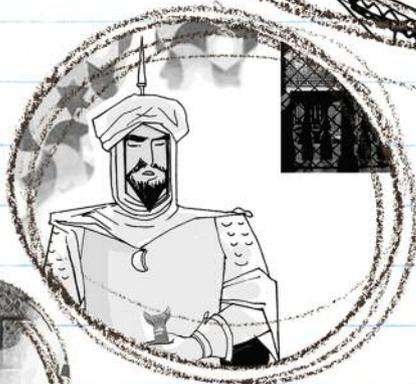


EL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA



EL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA



© Editorial Castalia, 2010

© Ilustraciones: Andrés Soria

© Edición: Consejería de Educación de la Junta de Andalucía

Coordinan: Dirección General de Ordenación y Evaluación Educativa y
Asociación de Editores de Andalucía (Alicia Muñoz)

Diseño gráfico: Forma Comunicación

Maquetación: Ángel González

Edición NO VENAL

Depósito legal: GR-2088-2011

Impreso en España

GRÁFICAS LA MADRAZA - Albolote (Granada)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

EL ABENCERRAJE Y LA HERMOSA JARIFA

Ilustraciones: Andrés Soria

NOTA PREVIA

En esta edición, se ha querido mantener el estado de lengua del original, con la salvedad de acomodar las grafías *s, ss, ç, z, x, j, g, v, b, q, r, h, i, y, u, ph* a la norma actual, para facilitar la lectura. Se desarrollan las abreviaturas y aglutinaciones que hoy están fuera de uso (*q* = que, *vec*er = vencer, *de-lla*, de ella, etc.) y se han adoptado las actuales normas de acentuación y puntuación, sustituyendo por comas muchos paréntesis del original y dividiendo en párrafos fragmentos demasiado largos que hoy requieren usar el punto y aparte.

Se mantiene el vocalismo fluctuante y los grupos consonánticos distintos de los de hoy. Las diferencias con la lengua moderna son escasas:

a) Se respetan las vocales átonas (*dispusición, sospiro*), la aféresis (*darga*) y la paragoge (*infelice*).

b) Se mantienen grupos de consonantes cultos ajenos al español de hoy (*escripto, innocente, captivo*), pero se respetan las formas en que aparecen reducidos (*comigo*).

c) Se conservan las formas verbales antiguas (*oyo, trayo, porné verná, etc.*); las aglutinaciones del infinitivo con el pronombre (*defendella*); el imperativo con metátesis (*fialde por fiadle*); y los futuros analíticos (*hablar vos he*).

Este es un vivo retrato de virtud, liberalidad, esfuerzo, gentileza y lealtad, compuesto de Rodrigo de Narváez y el Abencerraje, y Jarifa¹, su padre y el Rey de Granada, del cual, aunque los dos formaron y dibujaron todo el cuerpo, los demás no dejaron de ilustrar la tabla y dar algunos rasguños en ella. Y como el precioso diamante engastado en oro o en plata o en plomo siempre tiene su justo y cierto valor por los quilates de su oriente², así la virtud en cualquier dañado subjecto que asiente, resplandesce y muestra sus accidentes³, bien que la esencia y efecto de ella es como el grano que, cayendo en la buena tierra, se acrecienta, y en la mala se perdió.

¹ Abindarráez, en árabe, significa «el hijo del capitán», y Jarifa, «la noble, preciosa o hermosa»; con estos nombres el autor quiere subrayar el alto linaje de estos dos personajes de ficción.

² *oriente*: «En las perlas se llama aquel color blanco y brillante que tienen, lo que las hace más estimadas y ricas» (Diccionario de Autoridades).

³ Quiere decir que la virtud brilla más en personas con algún defecto, a la vez que destaca sus imperfecciones.

Dice el cuento que en tiempo del infante don Fernando, que ganó a Antequera, fue⁴ un caballero que se llamó Rodrigo de Narváez, notable en virtud y hechos de armas. Este, peleando contra moros, hizo cosas de mucho esfuerzo, y particularmente en aquella empresa y guerra de Antequera hizo hechos dignos de perpetua memoria, sino que⁵ esta nuestra España tiene en tan poco el esfuerzo, por serle tan natural y ordinario, que le parece que cuanto se puede hacer es poco; no como aquellos romanos y griegos, que al hombre que se aventuraba a morir una vez en toda la vida le hacían en sus escritos inmortal y le trasladaban en las estrellas. Hizo, pues, este caballero tanto en servicio de su ley y de su rey, que después de ganada la villa le hizo alcaide de ella para que, pues había sido tanta parte en ganalla⁶, lo

⁴ *fue*: hubo.

⁵ *sino que*: pero.

⁶ *ganalla*: ganarla.

fuese en defendella. Hízole también alcaide de Álora, de suerte que tenía a cargo ambas fuerzas, repartiendo el tiempo en ambas partes y acudiendo siempre a la mayor necesidad. Lo más ordinario⁷ residía en Álora, y allí tenía cincuenta escuderos hijosdalgo⁸ a los gajes del rey⁹ para la defensa y seguridad de la fuerza; y este número nunca faltaba, como los inmortales del Rey Darío, que, en muriendo uno, ponían otro en su lugar. Tenían todos ellos tanta fe y fuerza en la virtud de su capitán, que ninguna empresa se les hacía difícil, y así no dejaban de ofender¹⁰ a sus enemigos y defenderse de ellos; y en todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, en lo cual ganaban honra y provecho, de que andaban siempre ricos.

10

Pues una noche, acabando de cenar, que hacía el tiempo muy sosegado, el alcaide dijo a todos ellos estas palabras:

—Parésceme, hijosdalgo, señores y hermanos míos, que ninguna cosa despierta tanto los corazones de los hombres como el continuo ejercicio de las armas, porque con él se cobra experiencia en las propias y se pierde miedo a las ajenas. Y de esto no hay para que yo traya¹¹ testigos de fuera, porque vosotros sois verdaderos testimonios.

⁷ *Lo más ordinario*: habitualmente.

⁸ *hijosdalgo*: hidalgos.

⁹ *a los gajes del rey*: con sueldo del rey.

¹⁰ *ofender*: atacar.

¹¹ *traya*: traiga.

Digo esto porque han pasado muchos días que no hemos hecho cosa que nuestros nombres¹² acreciente, y sería dar yo mala cuenta de mí y de mi oficio si, teniendo a cargo tan virtuosa gente y valiente compañía, dejase pasar el tiempo en balde. Parésceme, si os paresce, pues la claridad y seguridad de la noche nos convida, que será bien dar a entender a nuestros enemigos que los valedores¹³ de Álora no duermen. Yo os he dicho mi voluntad; hágase lo que os paresciere.

Ellos respondieron que ordenase, que todos le seguirían. Y nombrando nueve de ellos, los hizo armar; y siendo armados, salieron por una puerta falsa que la fortaleza tenía, por no ser sentidos, porque la fortaleza quedase a buen recado¹⁴. Y yendo por su camino adelante, hallaron otro que se dividía en dos. El alcaide les dijo:

—Ya podría ser que, yendo todos por este camino, se nos fuese la caza por este otro. Vosotros cinco os id por el uno, yo con estos cuatro me iré por el otro; y si acaso los unos toparen enemigos que no basten a vencer, toque uno su cuerno, y a la señal acudirán los otros en su ayuda.

¹² *nuestros nombres*: nuestro renombre.

¹³ *valedores*: defensores.

¹⁴ *a buen recado*: con todo cuidado y seguridad.

Yendo los cinco escuderos por su camino adelante hablando en diversas cosas, el uno de ellos dijo:

—Teneos¹⁵, compañeros, que o yo me engaño o viene gente.

Y metiéndose entre una arboleda que junto al camino se hacía¹⁶, oyeron ruido. Y mirando con más atención, vieron venir por donde ellos iban un gentil moro en un caballo ruano¹⁷; él era grande de cuerpo y hermoso de rostro y parecía muy bien a caballo. Traía vestida una marlota¹⁸ de carmesí y un albornoz¹⁹ de damasco²⁰ del mismo color, todo bordado de oro y plata. Traía el brazo derecho regazado²¹ y labrada en él una hermosa dama²² y en la mano una gruesa y hermosa lanza de dos hierros²³. Traía una darga²⁴ y cimitarra, y en la cabeza una toca tunecí que, dándole muchas vueltas por ella, le servía de hermosura y defensa de su persona. En este hábito venía el moro mostrando gentil continente²⁵ y cantando un

12

¹⁵ *teneos*: deteneos.

¹⁶ *se hacía*: estaba.

¹⁷ *ruano*: blanco y gris.

¹⁸ *marlota*: vestidura morisca, a modo de sayo, con que se ciñe y ajusta el cuerpo.

¹⁹ *albornoz*: especie de capa o capote con capucha.

²⁰ *damasco*: tejido de seda.

²¹ *regazado*: arremangado.

²² *labrada en él una hermosa dama*: labrar significa también «bordar», por lo que el moro llevaría bordada una dama en la manga; pero el texto dice que la llevaba en el brazo, lo que indica que probablemente la llevaba tatuada.

²³ En algunos romances se menciona la lanza de dos hierros, es decir, la acabada en punta en los dos extremos.

²⁴ *darga*: adarga, escudo de cuero ovalado o con figura de corazón.

²⁵ *continente*: aspecto.



cantar que él compuso en la dulce membranza²⁶ de sus amores, que decía:

Nascido en Granada,
criado en Cártama,
enamorado en Coín,
frontero de Álora.

14

Aunque a la música faltaba el arte, no faltaba al moro contentamiento; y como traía el corazón enamorado, a todo lo que decía daba buena gracia. Los escuderos, transportados²⁷ en verle, erraron poco de dejarle pasar, hasta que dieron sobre él. Él, viéndose salteado, con ánimo gentil volvió por sí²⁸ y estuvo por ver lo que harían. Luego, de los cinco escuderos, los cuatro se apartaron y el uno le acometió; mas como el moro sabía más de aquel menester, de una lanzada dio con él y con su caballo en el suelo²⁹. Visto esto, de los cuatro que quedaban, los tres le acometieron, paresciéndoles muy fuerte; de manera que ya contra el moro eran tres cristianos, que cada uno bastaba para diez moros, y todos juntos no podían con este solo. Allí se vio en gran peligro porque se le quebró la lanza y los escuderos le daban mucha priesa³⁰; mas fingiendo que huía, puso las piernas a su caballo³¹ y arremetió al escudero

²⁶ *membranza*: recuerdo.

²⁷ *transportados*: sorprendidos.

²⁸ *volvió por sí*: se dio la vuelta para plantarles cara.

²⁹ *dio con él y con su caballo en el suelo*: los derribó, los tiró en el suelo.

³⁰ *le daban mucha priesa*: le apremiaban.

³¹ *puso las piernas a su caballo*: espoleó a su caballo.

que derribara, y como un ave se colgó de la silla y le tomó su lanza, con la cual volvió a hacer rostro³² a sus enemigos, que le iban siguiendo pensando que huía, y diose tan buena maña que a poco rato tenía de los tres los dos en el suelo. El otro que quedaba, viendo la necesidad de sus compañeros, tocó el cuerno y fue a ayudarlos. Aquí se trabó fuertemente la escaramuza, porque ellos estaban afrontados³³ de ver que un caballero les duraba tanto, y a él le iba más que la vida en defenderse de ellos. A esta hora le dio uno de los escuderos una lanzada en un muslo que, a no ser el golpe en soslayo³⁴, se le pasara todo³⁵. Él, con rabia de verse herido, volvió por sí y diole una lanzada, que dio con él y con su caballo muy mal herido en tierra.

15

Rodrigo de Narváez, barruntando la necesidad en que sus compañeros estaban, atravesó el camino, y como traía mejor caballo se adelantó; y viendo la valentía del moro, quedó espantado, porque de los cinco escuderos tenía los cuatro en el suelo, y el otro casi al mismo punto. Él le dijo:

—Moro, vente a mí, y si tú me vences, yo te aseguro de los demás³⁶.

³² *hacer rostro*: plantar cara.

³³ *afrontados*: afrentados, avergonzados.

³⁴ *en soslayo*: oblicuamente.

³⁵ *se le pasara todo*: se lo atravesara por completo.

³⁶ *yo te aseguro de los demás*: quiere decir Rodrigo de Narváez que, si el moro le venciera, los demás caballeros cristianos no le harían nada.

Y comenzaron a trabar brava escaramuza, mas como el alcaide venía de refresco, y el moro y su caballo estaban heridos, dábale tanta priesa que no podía mantenerse; mas viendo que en sola esta batalla le iba la vida y contentamiento, dio una lanzada a Rodrigo de Narváez que, a no tomar el golpe en su darga, le hubiera muerto. Él, en rescibiendo el golpe, arremetió a él y dióle una herida en el brazo derecho, y cerrando luego con él³⁷, le trabó a brazos³⁸ y, sacándole de la silla, dio con él en el suelo. Y yendo sobre él le dijo:

—Caballero, date por vencido; si no, matarte he.

16 —Matarme bien podrás —dijo el moro—, que en tu poder me tienes, mas no podrá vencerme sino quien una vez me venció.

El alcaide no paró³⁹ en el misterio con que se decían estas palabras, y usando en aquel punto de su acostumbrada virtud, le ayudó a levantar, porque de la herida que le dio el escudero en el muslo y de la del brazo, aunque no eran grandes, y del gran cansancio y caída, quedó quebrantado; y tomando de los escuderos aparejo⁴⁰, le ligó las heridas⁴¹. Y hecho esto, le hizo subir en un caballo de un escudero, porque el suyo estaba herido,

³⁷ *cerrando luego con él*: abalanzándose sobre él.

³⁸ *le trabó a brazos*: le agarró en brazos.

³⁹ *no paró*: no se dio cuenta.

⁴⁰ *aparejo*: instrumentos necesarios.

⁴¹ *le ligó las heridas*: le ató las heridas (con el aparejo mencionado).



y volvieron el camino de Álora. Y yendo por él adelante hablando en la buena disposición y valentía del moro, él dio un grande y profundo suspiro, y habló algunas palabras en algarabía⁴², que ninguno entendió. Rodrigo de Narváez iba mirando su buen talle y dispusición⁴³; acordábasele de lo que le vio hacer, y parecíale que tan gran tristeza en ánimo tan fuerte no podía proceder de sola la causa que allí parecía. Y por informarse de él le dijo:

18

—Caballero, mirad que el prisionero que en la prisión pierde el ánimo aventura el derecho de la libertad. Mirad que en la guerra los caballeros han de ganar y perder, porque los más de sus trances están sujetos a la fortuna; y parece flaqueza que quien hasta aquí ha dado tan buena muestra de su esfuerzo, la dé ahora tan mala. Si sospiráis del dolor de las llagas, a lugar vais do seréis bien curado. Si os duele la prisión, jornadas son de guerra a que están sujetos cuantos la siguen. Y si tenéis otro dolor secreto, fialde de mí⁴⁴, que yo os prometo, como hijodalgo, de hacer por remediarle lo que en mí fuere⁴⁵.

El moro, levantando el rostro que en el suelo tenía, le dijo:

⁴² *algarabía*: lengua árabe.

⁴³ *dispusición*: disposición.

⁴⁴ *fialde de mí*: confiádmelo a mí.

⁴⁵ *lo que en mí fuere*: en lo que dependa de mí.

—¿Cómo os llamáis, caballero, que tanto sentimiento mostráis de mi mal?

Él le dijo:

—A mí llaman Rodrigo de Narváez; soy alcaide de Antequera y Álora.

El moro, tornando el semblante algo alegre, le dijo:

—Por cierto, ahora pierdo parte de mi queja, pues ya que mi fortuna me fue adversa, me puso en vuestras manos, que, aunque nunca os vi sino ahora, gran noticia tengo de vuestra virtud y experiencia de vuestro esfuerzo; y porque no os parezca que el dolor de las heridas me hace sospirar, y también porque me parece que en vos cabe cualquier secreto, mandad apartar vuestros escuderos y hablaros he dos palabras.

19

El alcaide los hizo apartar y, quedando solos, el moro, arrancando un gran suspiro, le dijo:

—Rodrigo de Narváez, alcaide tan nombrado de Álora, está atento a lo que te dijere, y verás si bastan los casos de mi fortuna a derribar un corazón de un hombre captivo. A mí llaman Abindarráez el mozo, a diferencia de un tío mío, hermano de mi padre, que tiene el mismo nombre. Soy de los Abencerrajes de Granada, de los cuales muchas

veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente, sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto. Hubo en Granada un linaje de caballeros que llamaban los Abencerrajes, que eran flor de todo aquel reino, porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos⁴⁶ de la gente común. En todas las escaramuzas que entraban, salían vencedores, y en todos los regocijos⁴⁷ de caballería se señalaban⁴⁸, ellos inventaban las galas y los trajes⁴⁹. De manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y de guerra eran regla y ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso⁵⁰, ni cobarde, ni de mala disposición. No se tenía por Abencerraje el que no servía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que de esta excelencia cayesen de la manera que oirás. El Rey de Granada hizo a dos de estos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo. Y quísose decir⁵¹, aunque yo no lo creo, que estos dos, y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey y dividir el Reino entre sí, vengando su injuria.

⁴⁶ *quistos*: queridos

⁴⁷ *regocijos*: celebraciones, certámenes.

⁴⁸ *se señalaban*: destacaban.

⁴⁹ *inventaban las galas y los trajes*: marcaban la moda.

⁵⁰ *escaso*: tacaño.

⁵¹ *quísose decir*: se llegó a decir.

Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fue descubierta, y por no escandalizar el Rey el Reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar; porque, a dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella⁵². Ofresciéronse al Rey grandes rescates por sus vidas, mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vio sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos. Llorábanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorábanlos las damas a quien servían y los caballeros con quien se acompañaban. Y toda la gente común alzaba un tan grande y continuo alarido como si la ciudad se entrara⁵³ de enemigos, de manera que si a precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. Vees aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje y tan principales caballeros como en él había; considera cuánto tarda la fortuna en subir un hombre y cuán presto le derriba; cuánto tarda en crescer un árbol y cuán presto va al fuego; con cuánta dificultad se edifica una casa y con cuánta brevedad se quema. ¡Cuántos podrían escarmentar en las cabezas de estos desdichados, pues tan sin culpa padecieron con público pregón! Siendo tantos y tales y estando en el favor del mismo Rey, sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas y su nombre dado en el Reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío

⁵² *no fuera poderoso de hacella*: no podría hacer justicia.

⁵³ *se entrara*: se viera invadida.

mío, que hallaron inocentes de este delito, a condición que los hijos que les nasiesen enviasen a criar fuera de la ciudad para que no volviesen a ella, y las hijas casasen fuera del Reino.

Rodrigo de Narváez, que estaba mirando con cuánta pasión le contaba su desdicha, le dijo:

—Por cierto, caballero, vuestro cuento⁵⁴ es extraño, y la sinrazón que a los Abencerrajes se hizo fue grande, porque no es de creer que siendo ellos tales, cometiesen traición.

22 —Es como yo lo digo —dijo él—. Y aguardad más y veréis cómo desde allí todos los Bencerrajes deprendimos a ser⁵⁵ desdichados. Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del Rey, envióme a Cártama al alcaide que en ella estaba, con quien tenía estrecha amistad. Este tenía una hija, casi de mi edad, a quien amaba más que a sí, porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la mujer, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez siempre nos tuvimos por hermanos porque así nos oíamos llamar. Nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos. Juntos nos criaron, juntos andábamos, juntos comíamos y bebíamos. Nasciónos de esta conformidad un natural amor que fue siempre creciendo con nues-

⁵⁴ *cuento*: relato, noticia.

⁵⁵ *deprendimos a ser*: vinimos a ser.



tras edades. Acuérdomme que entrando una siesta en la huerta que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto a la fuente, componiendo⁵⁶ su hermosa cabeza. Miréla vencido de su hermosura, y parecióme a Sálmacis⁵⁷ y dije entre mí: «¡Oh, quién fuera Troco para parecer ante esta hermosa diosa!». No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana; y no aguardando más, fuime a ella y cuando me vio con los brazos abiertos me salió a rescebir y, sentándome junto a sí⁵⁸, me dijo: «Hermano, ¿cómo me dejastes tanto tiempo sola?». Yo la respondí: «Señora mía, porque ha⁵⁹ gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese dó estábades⁶⁰, hasta que mi corazón me lo dijo. Mas decidme ahora, ¿qué certinidad⁶¹ tenéis vos de que seamos hermanos?». «Yo, dijo ella, no otra más del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos». «Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿quisiérasme tanto?» «¿No ves, dijo ella, que, a no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos?». «Pues si ese bien me habían de quitar, dije yo, más quiero el mal que tengo».

⁵⁶ *componiendo*: peinando.

⁵⁷ La historia de Sálmacis y Hermafrodito (llamado este último también Andrógino y Troco) se cuenta en el libro IV de las *Metamorfosis* de Ovidio: La ninfa Sálmacis se enamoró de Hermafrodito, hijo de Hermes y Afrodita, cuando aquél se bañaba en la fuente que ella presidía; Hermafrodito la desdeñó y la ninfa pidió a los dioses que fundiesen sus cuerpos en uno solo, a lo cual los dioses accedieron. La identificación de Abindarráez con Troco y de Jarifa con Sálmacis supone la superación del amor entre hermanos y el primer reconocimiento de un amor carnal.

⁵⁸ *junto a sí*: junto a ella.

⁵⁹ *ha*: hace.

⁶⁰ *dó estábades*: donde estabais.

⁶¹ *certinidad*: certeza.

Entonces ella, encendiendo su hermoso rostro en color⁶², me dijo: «¿Y qué pierdes tú en que seamos hermanos?» «Pierdo a mí y a vos»⁶³, dije yo. «Yo no te entiendo, dijo ella, mas a mí me parece que sólo serlo nos obliga a amarnos naturalmente». «A mí sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfría⁶⁴ algunas veces». Y con esto, bajando mis ojos de empacho⁶⁵ de lo que le dije, vila en las aguas de la fuente al propio⁶⁶ como ella era, de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imagen y en mis entrañas la más verdadera. Y decíame yo a mí mismo, y pesárame que alguno me lo oyerá: «Si yo me anegase⁶⁷ ahora en esta fuente donde veo a mi señora, ¡cuánto más desculpado moriría yo que Narciso⁶⁸! Y si ella me amase como yo la amo, ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía!» Diciendo esto levantéme y, volviendo las manos a unos jazmines de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayán⁶⁹,

⁶² *encendiendo su hermoso rostro en color*: sonrojándose, ruborizándose.

⁶³ Abindarráez juega aquí con la polisemia del verbo perder: se pierde a sí mismo porque está enamorado y sin la amada la vida es perdición; y la pierde a ella porque al ser su hermana no puede hacerla suya. Jarifa no entiende el juego de palabras porque no comprende el primer sentido y, sin esa perdición amorosa, no ve por qué deben separarse.

⁶⁴ *me resfría*: me da un escalofrío.

⁶⁵ *empacho*: vergüenza.

⁶⁶ *al propio*: al propio, es decir, la vio como ella era propiamente, auténticamente.

⁶⁷ *anegase*: hundiese.

⁶⁸ Narciso era un joven de gran hermosura del que todas las mujeres se enamoraban al verlo; el viejo Tiresias pronosticó a su madre que el joven viviría mientras no se viera a sí mismo; volviendo un día de caza, se vio reflejado en una fuente, se enamoró de su persona y murió ahogado en el agua.

⁶⁹ *arrayán*: mirto.

hice una hermosa guirnalda y, poniéndola sobre mi cabeza, me volví a ella, coronado y vencido. Ella puso los ojos en mí, a mi parecer más dulcemente que solía, y quitándomela la puso sobre su cabeza. Parescióme en aquel punto⁷⁰ más hermosa que Venus cuando salió al juicio de la manzana⁷¹, y volviendo el rostro a mí, me dijo: «¿Qué te parece ahora de mí, Abindarráez?» Yo la dije: «Páreseme que acabáis de vencer el mundo y que os coronan por reina y señora de él». Levantándose me tomó por la mano y me dijo: «Si eso fuera, hermano, no perdiérais vos nada». Yo, sin la responder, la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trajimos mucho tiempo, hasta que ya el amor por vengarse de nosotros nos descubrió la cautela⁷², que, como fuimos creciendo en edad, ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo, mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque después acá⁷³ lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados⁷⁴ de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos se comenzó a dañar y se convirtió en una rabiosa enfermedad que nos durara hasta la muerte. Aquí

⁷⁰ *punto*: momento.

⁷¹ Zeus designó a Paris para que otorgara a la mujer más bella la manzana de oro que la Discordia había arrojado entre los invitados a las bodas de Tetis y Peleo. Paris resolvió la disputa entre Venus, Minerva y Juno entregándosela a Venus por ganar en belleza a las otras dos.

⁷² *cautela*: precaución o miramiento (que ellos habían tenido por haberse considerado hermanos).

⁷³ *después acá*: desde entonces hasta ahora.

⁷⁴ *certificados*: bien informados.

no hubo primeros movimientos que escusar⁷⁵, porque el principio de estos amores fue un gusto y deleite fundado sobre bien, mas después no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma, hecha a medida de la suya. Todo lo que no vía en ella, me parecía feo, escusado y sin provecho en el mundo; todo mi pensamiento era⁷⁶ en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido, ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía⁷⁷ el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada⁷⁸ porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna, envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento en la manera que oirás. El Rey de Granada, por mejorar en cargo al alcaide de Cártama, envióle a mandar que luego⁷⁹ dejase aquella fuerza y se fuese a Coín, que es aquel lugar frontero del vuestro, y que me dejase a mí en Cártama en poder del alcaide que a ella viniese. Sabida esta desastada nueva⁸⁰ por mi señora y por mí, juzgad vos, si algún tiempo fuistes enamorado, lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto a llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba señora mía, alma mía, solo bien

⁷⁵ *escusar*: evitar.

⁷⁶ *era*: estaba.

⁷⁷ *enflaquecía*: debilitaba.

⁷⁸ *de todo esto creo que no me debía nada*: creo que en esto no era inferior a mí.

⁷⁹ *luego*: de inmediato.

⁸⁰ *nueva*: noticia.

mío y otros dulces nombres que el amor me enseñaba. «Apartándose vuestra hermosura de mí, ¿ternéis⁸¹ alguna vez memoria de este vuestro captivo...?». Aquí las lágrimas y suspiros atajaban⁸² más las palabras. Yo esforzándome para decir más, malparía algunas razones turbadas de que no me acuerdo, porque mi señora llevó mi memoria consigo. Pues ¡quién os contase las lástimas que ella hacía, aunque a mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras que hasta ahora me suenan en las orejas; y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazado⁸³, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vio en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo: «Abindarráez, a mí se me sale el alma en apartarme de ti y, porque siento de ti lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte; tuyo es mi corazón, tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda; y en testimonio de esto, llegada a Coín, donde ahora voy con mi padre, en teniendo lugar⁸⁴ de hablarte o por ausencia o indisposición suya, que ya deseo, yo te avisaré. Irás donde yo estuviere y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de⁸⁵ nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad ni mi ser lo consentirían, que todo lo demás muchos días ha que es tuyo». Con esta promesa mi cora-

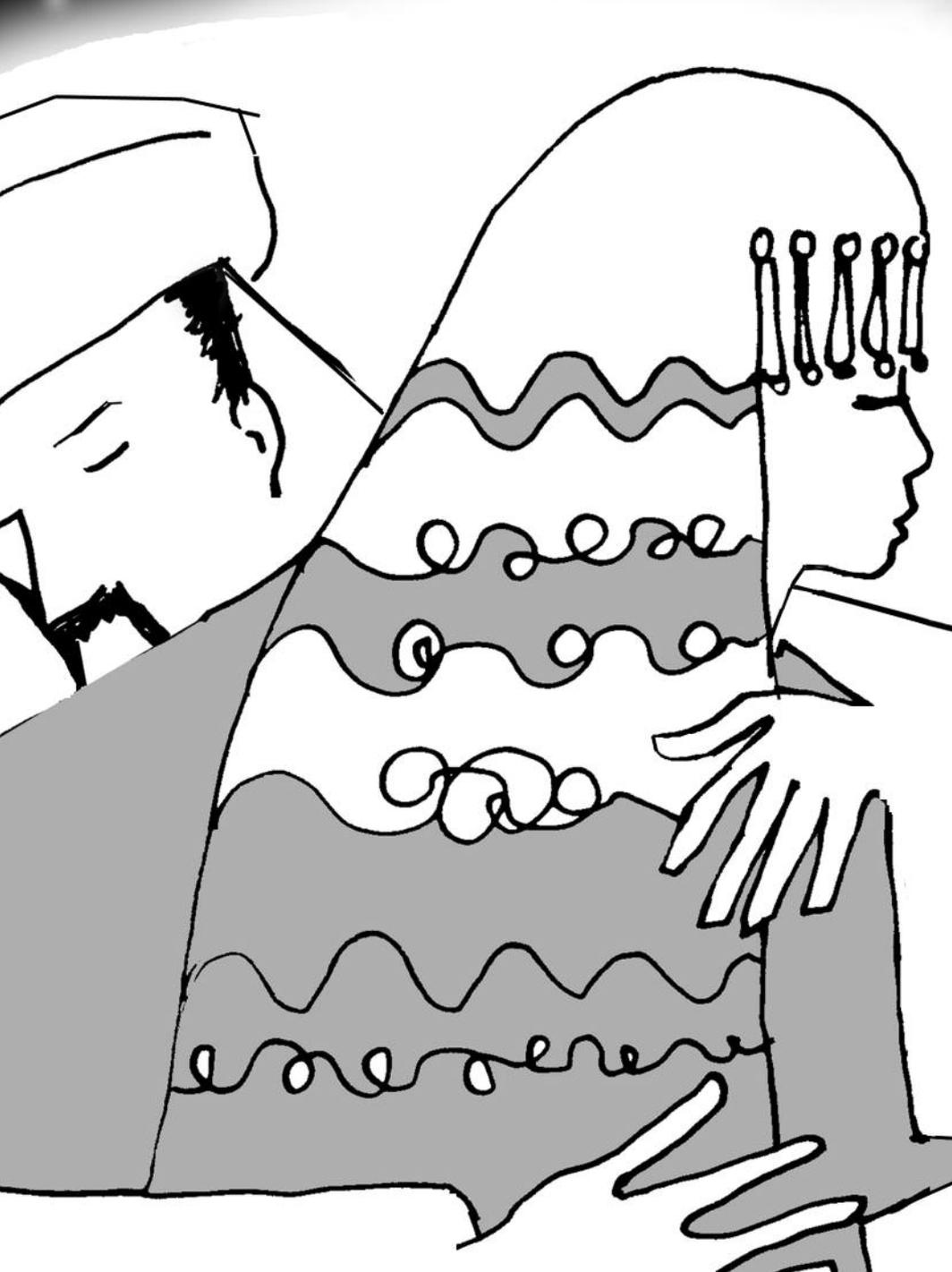
⁸¹ *ternéis*: tendréis.

⁸² *atajaban*: interrumpían.

⁸³ *abrazado*: abrazo.

⁸⁴ *lugar*: ocasión, oportunidad.

⁸⁵ *debajo de*: a condición de.



zón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron otro día⁸⁶; yo quedé como quien, caminando por unas fragosas y ásperas montañas, se le eclipsa el sol. Comencé a sentir su ausencia ásperamente buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara⁸⁷ en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones⁸⁸, y en todas ellas hallaba representación de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dio de llamarme me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos, aunque algunas veces de verla alargar⁸⁹ tanto me causaba mayor pena y holgara⁹⁰ que me dejara del todo desesperado, porque la desesperación fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi ventura que esta mañana mi señora me cumplió su palabra enviándome a llamar con una criada suya, de quien se fiaba, porque su padre era partido⁹¹ para Granada, llamado del Rey, para volver luego. Yo, resuscitado con esta buena nueva, apercebíme y dejando venir la noche por salir más secreto, púseme en el hábito⁹² que me encontrastes, por mostrar a mi

⁸⁶ *otro día*: al día siguiente.

⁸⁷ *cámara*: alcoba, aposento.

⁸⁸ *Andaba todas sus estaciones*: el moro recorría todos los lugares donde ella había estado —ventanas, aguas, cámara, jardín—, pero la expresión andar las estaciones también tiene el significado religioso de recorrer los pasos de la Pasión de Cristo.

⁸⁹ *alargar*: retrasarse.

⁹⁰ *holgara que*: me hubiera alegrado de que.

⁹¹ *era partido*: había partido.

⁹² *hábito*: vestido, traje.

señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastaran cien caballeros juntos a tenerme campo⁹³ porque traía mi señora conmigo, y si tú me venciste, no fue por esfuerzo, que no es posible, sino porque mi corta suerte, o la determinación del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Así que considera tú ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí y el mal que tengo. Yo iba de Cártama a Coín, breve jornada, aunque el deseo la alargaba mucho, el más ufano Abencerraje que nunca se vio: iba a llamado⁹⁴ de mi señora, a ver a mi señora, a gozar de mi señora y a casarme con mi señora. Véome ahora herido, captivo y vencido, y lo que más siento, que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame, pues, cristiano, consolar entre mis suspiros, y no los juzgues a flaqueza, pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narváez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del modo y pareciéndole que para su negocio ninguna cosa le podría dañar más que la dilatación, le dijo:

—Abindarráez, quiero que veas que puede más mi virtud que tu ruin fortuna. Si tú me prometes como caballero de volver a mi prisión dentro del tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino, porque me pesaría de atajarte tan buena empresa.

⁹³ *a tenerme campo*: a doblegarme.

⁹⁴ *a llamado*: por llamada, por llamamiento.

El moro, cuando lo oyó, se quiso de contento echar a sus pies y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, si vos eso hacéis, habréis hecho la mayor gentileza de corazón que nunca hombre hizo, y a mí me daréis la vida. Y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes⁹⁵, que yo lo cumpliré.

El alcalde llamó a sus escuderos y les dijo:

—Señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate.

32

Ellos dijeron que ordenase a su voluntad. Y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo:

—¿Vos prometéisme, como caballero, de volver a mi castillo de Álora a ser mi prisionero dentro de tercero día?

Él le dijo:

—Sí prometo.

—Pues id con la buena ventura y si para vuestro negocio tenéis necesidad de mi persona, o de otra cosa alguna, también se hará.

⁹⁵ *quisiéredes*: quisierais.



Y diciendo que se lo agradecía, se fue camino de Coín a mucha priesa. Rodrigo de Narváez y sus escuderos se volvieron a Álora hablando en la valentía y buena manera⁹⁶ del moro.

Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar a Coín, yéndose derecho a la fortaleza. Como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había, y deteniéndose allí, comenzó a reconocer el campo, por ver si había algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza⁹⁷, que esta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió y le dijo:

34

—¿En qué os habéis detenido, señor mío? Que vuestra tardanza nos ha puesto en gran confusión. Mi señora ha rato que os espera; apeaos y subiréis donde está.

Él se apeó y puso su caballo en un lugar secreto que allí halló. Y dejando lanza con su darga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano lo más paso⁹⁸ que pudo por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa, que así se llamaba la dama. Ella, que ya había sentido su venida, con

⁹⁶ *buena manera*: correcto comportamiento.

⁹⁷ *el cuento de la lanza*: el extremo opuesto a la punta. Como en el combate se le quebró la lanza de dos hierros, hemos de pensar que siguió su camino con la que le arrebató al caballero cristiano o, simplemente, que es descuido del narrador.

⁹⁸ *lo más paso*: lo más despacio.

los brazos abiertos le salió a rescebir. Ambos se abrazaron sin hablarse palabra del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo:

—¿En qué os habéis detenido, señor mío? Que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto.

—Mi señora —dijo él—, vos sabéis bien que por mi negligencia no habrá sido, mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean.

Ella le tomó por la mano y le metió en una cámara⁹⁹ secreta. Y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo:

35

—He querido, Abindarráez, que veáis en qué manera cumplen las captivas de amor sus palabras, porque, desde el día que os la di¹⁰⁰ por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitárosla¹⁰¹. Yo os mandé venir a este mi castillo a ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona y de la hacienda de mi padre debajo de nombre de esposo, aunque esto, según entiendo, será muy contra su voluntad, que, como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor y experiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido más rico;

⁹⁹ *cámara*: habitación.

¹⁰⁰ *os la di*: se refiere a «su palabra», aunque el término haya aparecido en plural.

¹⁰¹ *quitárosla*: quitar una prenda es «desempeñarla»; forma antitesis con os la di.

mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo.

Y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto. El moro la tomó entre sus brazos y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacía, la dijo:

—Señora mía, en pago de tanto bien como me habéis ofrescido, no tengo que daros que no sea vuestro, sino sola esta prenda en señal que os recibo por mi señora y esposa.

36

Y llamando a la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva experiencia encendieron más el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son más para contemplación que para escriptura.

Tras esto, al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse de él, dio un gran suspiro. La dama, no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió a sí y le dijo:

—¿Qué es esto, Abindarráez? Paresce que te has entristecido con mi alegría; yo te oyo sospirar revolviendo el cuerpo a todas partes. Pues si yo soy todo tu bien y contentamiento, como me decías, ¿por quién sospiras?; y si



no lo soy, ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas; y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que o yo moriré o te libraré de él.

El Abencerraje, corrido¹⁰² de lo que había hecho y paresciéndole que no declararse era ocasión de gran sospecha, con un apasionado suspiro la dijo:

38

—Señora mía, si yo no os quisiera más que a mí, no hubiera hecho este sentimiento, porque el pesar que conmigo traía, sufríale con buen ánimo cuando iba por mí solo; mas ahora que me obliga a apartarme de vos, no tengo fuerzas para sufrirle, y así entenderéis que mis suspiros se causan más de sobre de lealtad que de falta de ella; y porque no estéis más suspensa¹⁰³ sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa.

Luego le contó todo lo que había sucedido y al cabo la dijo:

—De suerte, señora, que vuestro captivo lo es también del alcaide de Álora; yo no siento la pena de la prisión,

¹⁰² *corrido*: avergonzado.

¹⁰³ *suspensa*: pendiente.

que vos enseñastes mi corazón a sufrir, mas vivir sin vos tendría por la misma muerte.

La dama, con buen semblante, le dijo:

—No te congojes, Abindarráez, que yo tomo el remedio de tu rescate a mi cargo, porque a mí me cumple más. Yo digo así: que cualquier caballero que diere la palabra de volver a la prisión, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir. Y para esto ponedle vos mismo el nombre¹⁰⁴ que quisierdes, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre; yo os las porné¹⁰⁵ en vuestro poder; enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narváez es buen caballero y os dio una vez libertad y le fiastes este negocio, que le obliga ahora a usar de mayor virtud. Yo creo que se contentará con esto, pues teniéndoos en su poder ha de hacer lo mismo.

39

El Abencerraje la respondió:

—Bien parece, señora mía, que lo mucho que me queréis no os deja que me aconsejéis bien; por cierto no cairé yo en tan gran yerro¹⁰⁶, porque si cuando venía a verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado a

¹⁰⁴ *ponedle vos mismo el nombre*: decid qué tipo de rescate.

¹⁰⁵ *porné*: pondré.

¹⁰⁶ *yerro*: error.

cumplir mi palabra, ahora, que soy vuestro, se me ha doblado la obligación. Yo volveré a Álorá y me pondré en las manos del alcaide de ella y, tras hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere.

—Pues nunca Dios quiera —dijo Jarifa— que, yendo vos a ser preso, quede yo libre, pues no lo soy. Yo quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo ni el miedo que he cobrado a mi padre de haberle ofendido me consentirán hacer otra cosa.

El moro, llorando de contentamiento, la abrazó y le dijo:

40

—Siempre vais, señora mía, acrescentándome las mercedes; hágase lo que vos quisierdes, que así lo quiero yo.

Y con este acuerdo, aparejando lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida. Pues yendo por su camino adelante, hablando en diversas cosas, toparon un hombre viejo. La dama le preguntó dónde iba. Él la dijo:

—Voy a Álorá a negocios que tengo con el alcaide de ella, que es el más honrado y virtuoso caballero que yo jamás vi.

Jarifa se holgó mucho de oír esto, paresciéndole que pues todos hallaban tanta virtud en este caballero, que

también la hallarían ellos, que tan necesitados estaban de ella. Y volviendo al caminante le dijo:

—Decid, hermano: ¿sabéis vos de ese caballero alguna cosa que haya hecho notable?

—Muchas sé —dijo él—, mas contaros he una por donde entenderéis todas las demás. Este caballero fue primero alcaide de Antequera, y allí anduvo mucho tiempo enamorado de una dama muy hermosa, en cuyo servicio hizo mil gentilezas que son largas de contar; y aunque ella conocía el valor de este caballero, amaba a su marido tanto que hacía poco caso de él. Acontesció así, que un día de verano, acabando de cenar, ella y su marido se bajaron a una huerta que tenía dentro de casa; y él llevaba un gavián en la mano y lanzándole a unos pájaros, ellos huyeron y fuéronse a socorrer a una zarza; y el gavián, como astuto, tirando el cuerpo afuera, metió la mano y sacó y mató muchos de ellos. El caballero le cebó y volvió a la dama y la dijo: «¿Qué os parece, señora, del astucia con que el gavián encerró los pájaros y los mató? Pues hágoos saber que cuando el alcaide de Álora escaramuza con los moros, así los sigue y así los mata». Ella, fingiendo no le conocer, le preguntó quién era. «Es el más valiente y virtuoso caballero que yo hasta hoy vi». Y comenzó a hablar de él muy altamente, tanto que a la dama le vino un cierto arrepentimiento y dijo: «¡Pues cómo! ¡Los hombres están enamorados de este caballero,

y que no lo esté yo de él, estándolo él de mí! Por cierto, yo estaré bien disculpada de lo que por él hiciere, pues mi marido me ha informado de su derecho». Otro día adelante se ofresció que el marido fue fuera de la ciudad y, no pudiendo la dama sufrirse¹⁰⁷ en sí, envióle a llamar con una criada suya. Rodrigo de Narváez estuvo en poco de tornarse loco de placer, aunque no dio crédito a ello acordándosele de la aspereza que siempre le había mostrado. Mas con todo eso, a la hora concertada, muy a recado¹⁰⁸ fue a ver la dama, que le estaba esperando en un lugar secreto, y allí ella echó de ver el yerro que había hecho y la vergüenza que pasaba en requerir aquel de quien tanto tiempo había sido requerida; pensaba también en la fama, que descubre todas las cosas; temía la inconstancia de los hombres y la ofensa del marido; y todos estos inconvenientes, como suelen, aprovecharon de vencerla más, y pasando por todos ellos¹⁰⁹ le rescibió dulcemente y le metió en su cámara, donde pasaron muy dulces palabras, y en fin de ellas le dijo: «Señor Rodrigo de Narváez, yo soy vuestra de aquí adelante, sin que en mi poder quede cosa que no lo sea; y esto no lo agradezcáis a mí, que todas vuestras pasiones y diligencias, falsas o verdaderas, os aprovecharan poco conmigo, mas agradesceldo a mi marido, que tales cosas me dijo de vos que me han puesto en el estado en que ahora estoy». Tras esto le

¹⁰⁷ *sufrirse en sí*: soportar su soledad.

¹⁰⁸ *muy a recado*: con mucha discreción.

¹⁰⁹ *pasando por todos ellos*: dejándolos de lado.



contó cuanto con su marido había pasado y, al cabo, le dijo: «Y cierto, señor, vos debéis a mi marido más que él a voz». Pudieron tanto estas palabras con Rodrigo de Narváez que le causaron confusión y arrepentimiento del mal que hacía a quien de él decía tantos bienes y, apartándose afuera, dijo: «Por cierto, señora, yo os quiero mucho y os querré de aquí adelante, mas nunca Dios quiera que a hombre que tan aficionadamente ha hablado en mí, haga yo tan cruel daño. Antes, de hoy más¹¹⁰ he de procurar la honra de vuestro marido como la mía propia, pues en ninguna cosa le puedo pagar mejor el bien que de mí dijo». Y sin aguardar más, se volvió por donde había venido. La dama debió de quedar burlada; y cierto, señores, el caballero, a mi parescer, usó de gran virtud y valentía, pues venció su misma voluntad.

El Abencerraje y su dama quedaron admirados del cuento y, alabándole mucho, él dijo que nunca mayor virtud había visto de hombre. Ella respondió:

—Por Dios, señor, yo no quisiera servidor tan virtuoso, mas él debía estar poco enamorado, pues tan presto se salió afuera y pudo más con él la honra del marido que la hermosura de la mujer.

Y sobre esto dijo otras muy graciosas palabras.

¹¹⁰ *de hoy más*: de hoy en adelante.

Luego llegaron a la fortaleza y, llamando a la puerta, fue abierta por las guardas¹¹¹, que ya tenían noticia de lo pasado. Y yendo un hombre corriendo a llamar al alcaide, le dijo:

—Señor, en el castillo está el moro que venciste, y trae consigo una gentil dama.

Al alcaide le dio el corazón¹¹² lo que podía ser y bajó abajo. El Abencerraje, tomando su esposa de la mano, se fue a él y le dijo:

—Rodrigo de Narváez, mira si te cumplo bien mi palabra, pues te prometí de traer un preso y te trayo dos, que el uno basta para vencer otros muchos. Ves aquí mi señora; juzga si he padescido con justa causa. Rescíbenos por tuyos, que yo fío mi señora y mi honra de ti.

45

Rodrigo de Narváez holgó mucho de verlos y dijo a la dama:

—Yo no sé cuál de vosotros debe más al otro, mas yo debo mucho a los dos. Entrad y reposaréis en esta vuestra casa; y tenelda de aquí adelante por tal, pues lo es su dueño.

¹¹¹ *las guardas*: el personal de guardia.

¹¹² *le dio el corazón*: hoy pervive con el mismo significado le dio una corazonada.

Y con esto se fueron a un aposento que les estaba aparejado, y de ahí a poco comieron, porque venían cansados del camino. Y el alcaide preguntó al Abencerraje:

—Señor, ¿qué tal venís de las heridas?

—Parésceme, señor, que con el camino las trayo enconadas¹¹³ y con algún dolor.

La hermosa Jarifa, muy alterada, dijo:

—¿Qué es esto, señor? ¿Heridas tenéis vos de que yo no sepa?

46 —Señora, quien escapó de las vuestras, en poco terná otras; verdad es que de la escaramuza de la otra noche saqué dos pequeñas heridas, y el camino y no haberme curado me habrán hecho algún daño.

—Bien será —dijo el alcaide— que os acostéis y verná un zurujano¹¹⁴ que hay en el castillo.

Luego la hermosa Jarifa le comenzó a desnudar con grande alteración; y viniendo el maestro y viéndole, dijo que no era nada, y con un unguento que le puso, le quitó el dolor y de ahí a tres días estuvo sano.

Un día acaesció que, acabando de comer, el Abencerraje dijo estas palabras:

¹¹³ *las trayo enconadas*: las traigo inflamadas, irritadas.

¹¹⁴ *verná un zurujano*: vendrá un cirujano.

—Rodrigo de Narváez, según eres discreto, en la manera de nuestra venida entenderás lo demás. Yo tengo esperanza que este negocio, que está tan dañado, se ha de remediar por tus manos. Esta dueña es la hermosa Jarifa, de quien te hube dicho es mi señora y mi esposa. No quiso quedar en Coín de miedo de haber ofendido a su padre; todavía se teme de este caso. Bien sé que por tu virtud te ama el Rey, aunque eres cristiano¹¹⁵, suplicote alcances de él que nos perdone su padre por haber hecho esto sin que él lo supiese, pues la fortuna lo trajo por este camino.

El alcaide les dijo:

—Consolaos, que yo os prometo de hacer en ello cuanto pudiere.

47

Y tomando tinta y papel, escribió una carta al Rey, que decía así:

CARTA DE RODRIGO DE NARVÁEZ, ALCAIDE DE ÁLORA, PARA EL REY DE GRANADA

Muy alto y muy poderoso Rey de Granada:

¹¹⁵ La expresión te ama el rey, aunque eres cristiano, utilizada por Abindarráez, revela la fama de virtuoso que tenía Rodrigo de Narváez; un poco más adelante, el encabezamiento de la carta hace ver que la admiración es recíproca. El pasaje confirma las relaciones pacíficas y de respeto entre ambos dirigentes que pervivieron en la memoria colectiva.

Rodrigo de Narváez, alcaide de Álora, tu servidor, beso tus reales manos y digo así: que el Abencerraje Abindarráez el mozo, que nació en Granada y se crió en Cártama en poder del alcaide de ella, se enamoró de la hermosa Jarifa, su hija. Después tú, por hacer merced al alcaide, le pasaste a Coín. Los enamorados, por asegurarse, se desposaron entre sí. Y llamado él por ausencia del padre, que contigo tienes, yendo a su fortaleza, yo le encontré en el camino, y en cierta escaramuza que con él tuve, en que se mostró muy valiente, le gané por mi prisionero. Y contándome su caso, apiadándome de él, le hice libre por dos días; él se fue a ver a su esposa, de suerte que en la jornada perdió la libertad y ganó el amiga¹¹⁶. Viendo ella que el Abencerraje volvía a mi prisión, se vino con él y así están ahora los dos en mi poder. Suplícote que no te ofenda el nombre de Abencerraje, que yo sé que este y su padre fueron sin culpa en la conjuración que contra tu real persona se hizo; y en testimonio de ello viven. Suplico a tu real alteza que el remedio de estos tristes se reparta entre ti y mí. Yo les perdonaré el rescate y les soltaré graciosamente¹¹⁷; solo harás tú que el padre de ella los perdone y resciba en su gracia. Y en esto cumplirás con tu grandeza y harás lo que de ella siempre esperé.

¹¹⁶ *el amiga*: el término amiga era muy frecuente en la lírica tradicional del siglo XVI, en la que tiene un matiz arcaizante; idéntico valor tiene el uso del artículo el ante una palabra que empieza por a- átona, cuando ya se estaba generalizando la forma femenina la.

¹¹⁷ *graciosamente*: gratis, sin cobrar por soltarles, en contra de lo que era habitual en la vida de la frontera de Granada.

Escripta la carta, despachó un escudero con ella, que llegado ante el Rey se la dio; el cual, sabiendo *cúya* era¹¹⁸, se holgó mucho, que a este solo cristiano amaba por su virtud y buenas maneras. Y como la leyó¹¹⁹, volvió el rostro al alcaide de Coín, que allí estaba, y llamándole aparte le dijo:

—Lee esta carta que es del alcaide de Álora.

Y leyéndola rescibió grande alteración. El Rey le dijo:

—No te congojes, aunque tengas por qué; sábeta que ninguna cosa me pedirá el alcaide de Álora que yo no lo haga. Y así te mando que vayas luego a Álora y te veas con él y perdones tus hijos y los llesves a tu casa, que, en pago de este servicio, a ellos y a ti haré siempre merced.

49

El moro lo sintió en el alma, mas viendo que no podía pasar¹²⁰ el mandamiento del Rey, volvió de buen continente¹²¹ y dijo que así lo haría, como su alteza lo mandaba.

Y luego se partió a Álora, donde ya sabían del escudero todo lo que había pasado, y fue de todos rescibido con mucho regocijo y alegría. El Abencerraje y su

¹¹⁸ *cúya era*: de quién era. Hoy la forma *cuya* se utiliza solo como adjetivo relativo-posesivo; en el español clásico también podía tener valor de pronombre.

¹¹⁹ *como la leyó*: con valor temporal, «en cuanto la leyó».

¹²⁰ *pasar*: pasar por alto, dejar de cumplir.

¹²¹ *de buen continente*: con buena cara.

hija parecieron¹²² ante él con harta vergüenza y le besaron las manos. Él los rescibió muy bien y les dijo:

—No se trate aquí de cosa pasada. Yo os perdono haberos casado sin mi voluntad, que en lo demás, vos, hija, escogistes mejor marido que yo os pudiera dar.

El alcaide todos aquellos días les hacía muchas fiestas; y una noche, acabando de cenar en un jardín, les dijo:

50 —Yo tengo en tanto haber sido parte para que en este negocio haya venido a tan buen estado, que ninguna cosa me pudiera hacer más contento; y así digo que sola la honra de haberos tenido por mis prisioneros quiero por rescate de la prisión. De hoy más, vos, señor Abindarráz, sois libre de mí para hacer de vos lo que quisierdes.

Ellos le besaron las manos por la merced y bien que les hacía; y otro día por la mañana partieron de la fortaleza, acompañándolos el alcaide parte del camino.

Estando ya en Coín, gozando sosegada y seguramente el bien que tanto habían deseado, el padre les dijo:

—Hijos, ahora que con mi voluntad sois señores de mi hacienda, es justo que mostréis el agradecimiento que a

¹²² *parecieron*: comparecieron.

Rodrigo de Narváez se debe por la buena obra que os hizo, que no por haber usado con vosotros de tanta gentileza ha de perder su rescate, antes le meresce muy mayor. Yo os quiero dar seis mil doblas zaenes¹²³; enviádselas y tenelde de aquí adelante por amigo, aunque las leyes sean diferentes.

Abindarráez le besó las manos y, tomándolas, con cuatro muy hermosos caballos y cuatro lanzas con los hierros y cuentos de oro, y otras cuatro dargas, las envió al alcaide de Álora y le escribió así:

CARTA DEL ABENCERRAJE ABINDARRÁEZ, AL ALCAIDE DE ÁLORA

51

Si piensas, Rodrigo de Narváez, que con darme libertad en tu castillo para venirme al mío, me dejaste libre, engañaste, que cuando libertaste mi cuerpo, prendiste mi corazón: las buenas obras, prisiones son de los nobles corazones. Y si tú, por alcanzar honra y fama, acostumbras hacer bien a los que podrías destruir, yo, por parecer a aquéllos donde vengo y no degenerar de la alta sangre de los Abencerrajes¹²⁴, antes coger y meter en mis venas toda la que de ellos se vertió, estoy obligado

¹²³ *doblas zaenes*: moneda árabe. En Castilla se acuñó en tiempos de Juan II y Enrique IV la llamada «dobra de la Banda», por llevar en el anverso el escudo de la Orden de la Banda.

¹²⁴ En el uso del verbo degenerar se advierte la preocupación por mantener la pureza de sangre de sus antepasados, inquietud similar a la de los cristianos que a mediados del siglo XVI leyeron la obra.

a agradecerlo y servirlo. Rescibirás de ese breve presente la voluntad de quien le envía, que es muy grande, y de mi Jarifa, otra tan limpia y leal, que me contento yo de ella.

El alcaide tuvo en mucho la grandeza y curiosidad del presente; y rescibiendo de él los caballos y lanzas y dargas, escribió a Jarifa así:

CARTA DEL ALCAIDE DE ÁLORA, A LA HERMOSA JARIFA

52 *Hermosa Jarifa: No ha querido Abindarráez dejarme gozar del verdadero triunfo de su prisión, que consiste en perdonar y hacer bien; y como a mí en esta tierra nunca se me ofreció empresa tan generosa ni tan digna de capitán español, quisiera gozarla toda y labrar de ella una estatua para mi posteridad y descendencia. Los caballos y armas rescibo yo para ayudarle a defender de sus enemigos¹²⁵. Y si en enviarme el oro se mostró caballero generoso, en rescebirlo yo pareciera cobdicioso mercader. Yo os sirvo con ello en pago de la merced que me hecistes en servir de mí en mi castillo. Y también, señora, yo no acostumbro robar damas, sino servir las y honrarlas.*

Y con esto les volvió a enviar las doblas. Jarifa las rescibió y dijo:

¹²⁵ El sentido de la frase es claro; indica que en este alarde de generosidad acepta los caballos y las armas para ayudar al moro en un eventual acoso de sus enemigos árabes, poniendo su amistad por encima de las diferencias políticas y de raza.



—Quien pensare vencer a Rodrigo de Narváez, de armas y cortesía, pensará mal.

De esta manera quedaron los unos de los otros muy satisfechos y contentos y trabados con tan estrecha amistad, que les duró toda la vida.

El Abencerraje y la hermosa Jarifa es uno de los más bellos sueños de hermandad entre las culturas y las religiones que ha dado la literatura española. Esta novela corta, de mitad del siglo XVI, relata dos bellas y emocionantes historias que se entrecruzan: el romance amoroso entre los jóvenes musulmanes Abindarráez y Jarifa, y la historia del caballero cristiano don Rodrigo de Narváez, ejemplo de generosidad y virtud.

El Abencerraje y la hermosa Jarifa es una obra anónima, escrita en los albores del Renacimiento, que inauguró la novela morisca. Este género, en un contexto de intolerancia cultural, ofrece, como alternativa moral, una visión idealizada de la vida de fronteras entre los reinos cristianos y moros. La obra fue muy celebrada en su época y contó con varias versiones y un extenso cancionero que popularizó la historia de generación en generación por tradición oral. Su prosa sencilla, elegante y emotiva fue alabada por los escritores más importantes del Siglo de Oro, como Miguel de Cervantes o Lope de Vega, y fue tomada como modelo por los autores románticos.